

lles de la Ciudad mi cuerpo destrozado... Pero que al darme muerte, al arrastrarme, al destrozar mi cuerpo..., piense que no fui yo el culpable de los males de la Ciudad.

DESTERRADO

No lo eres. Tú sólo has sido una culpa más de sus culpas. Eres el Crispín que se eleva del Crispín que todos llevan en su alma... Por eso te temen y te odian. Eres su conciencia. (*Telón.*)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Plaza en la ciudad; al fondo, vista del puerto; en él, una galera.

ESCENA I

ARLEQUÍN, AURELIO y FLORENCIO entran por la segunda izquierda.

ARLEQUÍN

¿Visteis nada más despreciable que una ciudad en tiempo de guerra?

AURELIO

No hay modo de substraerse a la brutalidad circunstante.

FLORENCIO

Todo lo invade la soldadesca.

AURELIO

Yo entré hoy en la hostería por reunirme con vosotros, y vi que los soldados venecianos campaban allí por sus desafueros: golpeaban las mesas con sus espa-

dones, golpeaban también a los ciudadanos que se detenían curiosos a contemplarlos.

ARLEQUÍN

Yo quise refugiarme en casa de Girasol y uno de sus esclavos me detuvo de la puerta, diciéndome que no intentara visitarla, que unos capitanes de las galeras venecianas se habían entrado por la casa como señores y dueños de ella.

AURELIO

¡Pobre Girasol!

ARLEQUÍN

¡No quiero imaginarme lo que habrá sido del casto espíritu de sus danzas entre esos capitanes venecianos!

FLORENCIO

¿Y se tardará mucho en firmar las paces?

AURELIO

Desde anoche tratan el general veneciano y el Magnífico. Según dicen, las condiciones que imponen los venecianos son duras. El Magnífico teme que la Ciudad no las acepte.

ARLEQUÍN

¡Bravatas ridículas! ¿Qué sirve ya que no las aceptemos? A esto nos han traído los que se llaman buenos ciudadanos, los patriotas; y con ellos los gobernantes incapaces de imponer su voluntad al pueblo. Si no pudiéramos hacer la guerra, si sabíamos todos que el alarde de resistencia sería inútil, ¿por qué no haber pactado desde un principio con los venecianos? Siempre nos hu-

bieran tratado mejor como amigos. Ahora, como nada tienen que agradecernos, nos tratan como vencedores. ¡Y si que el triunfo es para estar orgullosos! Hundir en el mar nuestras cuatro galeras inservibles y cañonear a mansalva la Ciudad fuera del alcance de los cañones inútiles de nuestros fuertes.

AURELIO

Nuestros soldados tuvieron que rendirse sin pelear, faltos de armas y municiones.

ARLEQUÍN

Con eso nos dirán que ha sido una defensa heroica. *(Voces.)*

AURELIO

¿Qué sucede? La gente se arremolina y grita.

ARLEQUÍN

Esa es otra: no nos faltarán motines ni asonadas en estos días. Ahora todo es gritar que nos han vendido, que nos han engañado. El pueblo necesita un traidor y un culpable: en esta ocasión dirán que es el Magnífico.

FLORENCIO

Será justicia, que él nos llevó a la guerra por complacer a los soldados y a cuatro ciudadanos vocingleros.

ARLEQUÍN

No lo creáis. Él sabía muy bien que de haber entregado la Ciudad a los venecianos sin combatir por defenderla, los soldados y los ilusos patriotas se hubieran levantado contra él, declarándole traidor a la patria.

Ahora, vencidos los soldados, rendida la Ciudad, será él quien pacte con los venecianos sin que nadie lo estorbe, y los venecianos serán los que le defiendan y le aseguren en el gobierno de la ciudad como a su mejor amigo.

FLORENCIO

Todo eso sería posible si el señor Publio estuviera como otras veces de acuerdo con el Magnífico. Pero ya sabéis que desde que volvió el Desterrado, el Magnífico se había desentendido de Publio y Publio aun tiene quien le siga en la Ciudad.

ARLEQUÍN

¡Bah! Los venecianos son ricos y habrá para contentar a todos. Que podamos vivir tranquilos es lo que nos importa.

FLORENCIO

Que podamos volver a nuestra hostería como de costumbre.

AURELIO

Deambular sosegadamente por las calles y jardines de la Ciudad.

ARLEQUÍN

Que Girasol vuelva a alegrarnos con sus danzas y el Magnífico nos gobierne por muchos años.

FLORENCIO

Ved; aquí llegan el señor Polichinela y el señor Pantalón.

ARLEQUÍN

Sin duda vienen del palacio del Magnífico. Habrán sido llamados para tratar las paces en Consejo. Veremos si quieren decirnos algo.

FLORENCIO

Disputan entre ellos.

ARLEQUÍN

Esperemos.

ESCENA II

DICHOS, POLICHINELA y PANTALÓN, por la segunda izquierda.

SEÑOR POLICHINELA

¡Nunca, nunca! A ese precio no podemos aceptar la paz.

PANTALÓN

Hemos entregado los fuertes, hemos entregado la Ciudad. ¿Qué más piden? ¿Quieren empobrecernos, arruinarlos?

SEÑOR POLICHINELA

Eso es lo que quiere el Magnífico, que nosotros paguemos la contribución de guerra que él cobrará a medias con los venecianos. Eso, eso; pero no será, no será.

PANTALÓN

No hay razón para que nosotros paguemos por todos. Figuraos, con la ruina que sobre mí ha caído con la

guerra. Mis galeones cargados de trigo apresados por los venecianos.

SEÑOR POLICHINELA

Dicen que iban cargados de armas que destinabais a los genoveses.

PANTALÓN

¡Mentira, calumnia! Yo no digo que no se hallaran algunas armas; pero yo nada tengo que ver con eso: pacotillas de los capitanes y marineros. Yo no, yo no, que soy hombre de paz y nunca he querido vender armas a venecianos y genoveses. Que no quiero yo que las gentes se maten... Cosas necesarias para la vida, bueno está; que al fin es obra meritoria.

SEÑOR POLICHINELA

El caso es que con esas armas apresadas en vuestros galeones los venecianos hallaron buen refuerzo para asaltar nuestros fuertes... Y el pueblo lo sabe y os llama traidor, y... yo en vuestra pelleja no estaría muy tranquilo.

PANTALÓN

¡Infamias, calumnias! Quieren perderme.

SEÑOR POLICHINELA

Bien perdidos estamos. Mi casa y mis jardines a la orilla del río, arrasados... Más de cien mil escudos. Las mercancías que yo destinaba a los venecianos, ahora, en vez de pagármelas en buen dinero, se apoderarán de ellas como de cosa propia. ¡Mi ruina, mi ruina! Y por si algo faltaba en mi casa, aun no sabemos si mi yerno es de los prisioneros o estará malherido o muerto a estas horas.

PANTALÓN

¿Muerto decís? Y si él ha muerto, cualquiera os reclama lo que era en deberme.

SEÑOR POLICHINELA

Señor Pantalón, eso es ya sordidez repugnante. No habéis de perdonar ni a los muertos, y más cuando han muerto por la patria.

PANTALÓN

Esa misma razón debierais tener para pagarme, que vuestro yerno ha muerto con mucha honra, y no es bien que su honra ande en lenguas de nadie después de muerto, por unos miserables escudos.

SEÑOR POLICHINELA

Señor Pantalón, no respetáis ni el dolor de un padre.

PANTALÓN

Dejaos de farsas conmigo. Si algo hay que pueda compensaros de cuanto habéis perdido con la guerra, será la pérdida de vuestro adorado yerno.

SEÑOR POLICHINELA

Señor Pantalón, una cosa es que yo tuviera desavenencias con mi yerno, y otra que yo pueda alegrarme de su muerte. Por la ruindad de vuestros sentimientos no juzguéis de los míos. Si mi yerno ha muerto por la patria, veréis qué suntuoso mausoleo pienso erigir a su memoria.

PANTALÓN

Ostentosa vanidad que de ningún provecho será para

su alma. El mejor mausoleo que podéis erigir a su memoria será pagar sus deudas y obligaciones.

SEÑOR POLICHINELA

Señor Pantalón, ¿cómo queréis que el pueblo no murmure de vuestra avaricia? Si supierais lo que dicen de vos...

PANTALÓN

¿Pero no comprendéis, señor Polichinela, que cuando os hablan mal de mí es un modo de deciros en vuestra cara lo que piensan de vos?

ARLEQUÍN

Señor Polichinela..., señor Pantalón..., perdonad si somos indiscretos al interrumpiros cuando sin duda tratáis intereses de la Ciudad en esta hora tan solemne; pero es tanta nuestra curiosidad... Suponemos que el Magnífico os llamó a su palacio para tratar en Consejo con el general veneciano. ¿Se trataron las paces?

SEÑOR POLICHINELA

Se trataron... Y ya estarían firmadas si nosotros no tuviéramos dignidad.

ARLEQUÍN

¡Bravo, señor Polichinela! No esperábamos menos de vosotros. Habéis defendido el honor de la Ciudad como cosa vuestra.

SEÑOR POLICHINELA

¡Eso, eso! Aun estoy sofocado.

AURELIO

¿Qué condiciones imponen los venecianos?

SEÑOR POLICHINELA

Inaceptables, indignas... Permanecer en la Ciudad mientras no se les pague una contribución de guerra.

PANTALÓN

De la que hemos de responder nosotros con nuestra hacienda y nuestras personas...

SEÑOR POLICHINELA

Decid si podemos consentirlo.

PANTALÓN

Antes la muerte.

ARLEQUÍN

Sois heroico, señor Pantalón. ¿De modo que tendremos venecianos en la Ciudad para largo?...

PANTALÓN

Con lo cual nada iremos perdiendo. ¿No erais vos, señor Arlequin, el que tanto admiraba su cultura, la dulzura de su trato?...

ARLEQUÍN

Si, si, en efecto... Los venecianos en su tierra son admirables... Aquí desmerecen algo. Es natural: para estas empresas guerreras los pueblos no suelen enviar a sus poetas ni a sus filósofos... La Humanidad, más que en pueblos, se divide en castas. Yo me sentiré siempre más compatriota de un poeta turco que de uno de nuestros soldadotes, que por su parte en nada se diferencia de un soldadote veneciano. Por eso lo que importa es vernos libres de unos y otros.

SEÑOR POLICHINELA

Señor Arlequín, eso es lo difícil: que sin los soldados de casa no es posible librarnos de los extraños. Y en eso debimos pensar antes: en que los nuestros fueran más fuertes y aguerridos que los extraños.

ARLEQUÍN

¡Bah! Los pueblos sólo triunfan por el espíritu.

SEÑOR POLICHINELA

¿Quién lo duda? Pero es que cuando hay fuerza espiritual hay fuerza en todo. Por algo aconsejé yo siempre al Magnífico que se compraran barcos, cañones..., pertrechos de guerra...

ARLEQUÍN

Es verdad..., por algo.

SEÑOR POLICHINELA

Si él me hubiera atendido, hubiéramos contado con cincuenta galeras...

ARLEQUÍN

Si habían de ser como las que se han hundido en dos horas...

SEÑOR POLICHINELA

No me negaréis que cincuenta galeras hubieran tardado más tiempo en hundirse. (*Voces.*)

PANTALÓN

¿Qué sucede?

FLORENCIO

Otro alboroto.

SEÑOR POLICHINELA

No gana uno para sustos... El populacho está inquieto.

PANTALÓN

No hay autoridad..., no hay fuerza...

AURELIO

Es una conducción de muertos y heridos... El pueblo clamorea a su paso.

FLORENCIO

Dicen que falta lo más preciso para atender a los heridos.

PANTALÓN

Señor Polichinela, mejor será retirarnos del bullicio. La gente anda desatinada estos días.

SEÑOR POLICHINELA

No hay nada que temer... Cuando uno tiene su conciencia tranquila...

PANTALÓN

Eso sí. Pero el pueblo no tiene conciencia... Es más prudente retirarse...

SEÑOR POLICHINELA

Vamos cuando queráis... Señores..

ARLEQUÍN

Señor Polichinela..., señor Pantalón..., para servirlos... (*Salen Polichinela y Pantalón por la derecha.*)

ESCENA III

DICHOS, menos POLICHINELA y PANTALÓN

FLORENCIO

Van muertos de miedo.

ARLEQUÍN

Más temen por su dinero que por su vida. ¿Y no les obligará el pueblo a pagar esa contribución que ha de librarnos de los venecianos?

FLORENCIO

El pueblo cree que el único culpable es el Magnífico.

AURELIO

Y él pagará por todos con ser el menos culpable.

ARLEQUÍN

No hay cuidado. Él sabrá prevenirlo todo, amparándose de los venecianos. El Magnífico no es hombre para rendirse sin caer con sus enemigos.

ESCENA IV

DICHOS y PUBLIO, por la segunda derecha.

PUBLIO

Lo veremos. El Magnífico tiene sus horas contadas.

ARLEQUÍN

¡Ah, Publio! ¿Qué dice tu gente?

PUBLIO

Mi gente dice siempre lo que yo digo.

ARLEQUÍN

Ya es suerte tuya que tu gente diga lo que tú dices. Ello será porque tú sabes decirles lo que ellos piensan, que es todo el arte de dirigir muchedumbres...

PUBLIO

¿Creéis que es tan fácil, señor poeta?

ARLEQUÍN

Facilísimo; ¿no ha de serlo? Predicar religión en las iglesias, libertinaje en las tabernas, a los ricos las ventajas de no trastornar el orden del mundo, a los pobres la de trastornarlo todo, convencer a los convencidos... Lo difícil es hacerse escuchar de un auditorio adverso. Si no, dime: con tus ideas humanitarias, ¿por qué no te atreviste a levantar a los tuyos para impedir la guerra?

PUBLIO

Eran momentos de exaltación patriótica, y nada hubiera conseguido.

ARLEQUÍN

¡Ah, señor Publio! Para contrarrestar exaltaciones del sentimiento quiero yo las ideas.

PUBLIO

Señor poeta, versificad y no os mezcléis en lo que no os importa.

ARLEQUÍN

No te enojas, Publio; si supieras que yo sería el primero en admirarte, como a un gran poeta, si no fuera porque al jugar como nosotros con las ideas y los sentimientos hay siempre en tu conducta un hilillo de lógica que le hace perder su valor artístico...

PUBLIO

¿Qué hilillo es ése?

ARLEQUÍN

El de tu conveniencia. Por más que ¿cómo puede nadie saber en dónde está su conveniencia? La realidad suele hacernos más traiciones que el ideal.

PUBLIO

Señor Arlequín, vuestra charla es muy agradable, pero asuntos de mayor importancia me solicitan.

ARLEQUÍN

¿De mayor importancia dices? Sublevar al pueblo, desenfrenarle por esas calles... Créeme, Publio, déjate aconsejar de un poeta: deja a la Ciudad reponerse en calma de su derrota; pidamos perdón a los venecianos como chiquillos que han cometido una graciosa trave-

sura; confiemos en que serán indulgentes con nosotros y querrán perdonarnos, y podremos volver a nuestra vida a la vez inquieta y fácil, opulenta y miserable, alegre y desesperada. Engañemos las horas para que la vida no nos engañe demasiado: es la mejor filosofía.

PUBLIO

Sí, bueno sería ir por la vida filosofando si los caminos de la vida fueran sendas de Arcadia; pero cuando por el camino de la vida vienen gentes que llevan prisa y pueden atropellarnos, hay que ir por lo menos a su paso si no queremos que pasen por encima de nosotros, y... ¡adiós filosofía!

ARLEQUÍN

Tienes razón; pero bien está que haya de todo en el mundo, que de los mayores contrarios procede su maravillosa armonía. Ve, pues, no tardes, desenfrena al pueblo; nosotros haremos por apartarnos de tu camino; cuida tú también de ir por el tuyo y de no atropellarnos. (*Sale Publio por la izquierda.*) Ya oisteis, amigos: no tardará el populacho en alborotarse, y el populacho es como el caballo de Atila, con una desventaja: que no trae jinete.

FLORENCIO

¿Dónde pudiéramos retirarnos hasta que todo esté tranquilo?

AURELIO

A nadie se permite entrar ni salir de la Ciudad.

FLORENCIO

No habrá lugar seguro.

ARLEQUÍN

No habrá un refugio amable para los espíritus delicados.

FLORENCIO

¿Adónde pudiéramos huir?

ESCENA V

DICHOS, el DESTERRADO y LAURO, por la segunda derecha.

DESTERRADO

Es inútil que lo intentéis; todos somos prisioneros de guerra. Vuestro egoísmo había suprimido de vuestro corazón el amor a la patria, y ahora las desdichas de nuestra patria os duelen en vuestro egoísmo tanto como os dolerían en vuestro amor. ¡Ah, pues si el egoísmo se bastara a sí propio! Pero cuando somos más egoístas, cuando más tranquilos queremos vivir, más necesitamos de la tranquilidad de los que nos rodean. De lo que no quiso inquietarse nuestro amor ha de inquietarse nuestro egoísmo.

ARLEQUÍN

Nuestro egoísmo, como decís, nunca nos hubiera llevado a la guerra; sabíamos la suerte que nos esperaba.

DESTERRADO

También yo, pero era preciso llegar hasta el fin; era preciso que vuestro egoísmo y el de todos sintiera el dolor de no haber amado a la Ciudad como debisteis

amarla, y hoy no padecería vuestro egoísmo con sus tristezas. Aun debierais padecer más; aun debiera ser más implacable el extranjero... Aun puede que lo sea si aun necesitamos de él para poner paz en vuestras propias discordias.

ARLEQUÍN

¿Y qué fué de ti, Lauro? Nos dijeron que irias a combatir.

LAURO

¿A combatir? ¿Pero hubo combate? ¿Hemos tenido guerra? ¿No ha sido todo un sueño? Sí, yo pensaba ir, pensé haber ido; hubiera dado mi vida por la gloria, por el honor de la Ciudad; pero ya lo veis, estoy entre vosotros con mis galas cortesanas de siempre.

FLORENCIO

Pues nos dijeron...

AURELIO

Creímos que... Sin duda el Magnífico, conmovido ante los ruegos de su hija, te ordenó que no fueras.

LAURO

Sí, eso ha sido: ¿podía yo desoir los ruegos de mi Julia?

DESTERRADO

¿Qué dices, Lauro? ¿Por qué mientes? Decid que no es verdad; fué a combatir; yo os lo digo. ¿Por qué quierres negarlo ahora?...